Es rara hoy ya la vez en que no nos acompañemos de una muleta, que no requiramos ya de la asistencia de un agente externo, un agente de distracción, cuya función sea ayudarnos en nuestra tarea de la evasión hacia nosotros mismos. Es raro hoy ya el paseo sin música en nuestros auriculares, es raro el rato en que uno piensa y se dirige hacia uno mismo, ¿no crees? No existen, y de existir están ya moribundos, los ratos propios; ahora nos evadimos incluso de la compañía propia. Sufrimos un miedo horrible y devastador a nosotros mismos. O quizás lo que sentimos hacia nosotros no sea miedo, sino repulsión. Es posible, al igual, que se trate de una esquiva al presente porque el futuro idealizado se torna más dulce que el momento actual.

Existe una genuina, tan genuina necesidad de acompañar la realidad con algo más que diría incluso que podría ser propia de una fobia. Tal es el pánico del talasofóbico al mar como lo es el del humano moderno a la realidad que le rodea. Bueno, lo que le rodea suele serle incluso más interesante que lo que le atañe en su interior. Todos esos asuntos pendientes con uno que se procrastinan, como si se pudieran acaso posponer sin suponer esto el estancamiento del ser, la conciencia y la personalidad. ¿Se imaginan un hombre que vaga por el mundo sin detenerse jamás a atender a razones consigo? ¿No creen que serían innumerables las consecuencias paupérrimas que esto tendría si acaso de esta tendencia no fuese sujeto un solo hombre, sino la vasta mayoría de ellos? A continuación enumeraré algunas simplemente para que el lector pueda comprender la magnitud de la problemática aquí tratada:

En primer lugar, la normalización de la corrupción. Pensemos en lo conveniente que puede resultar, para aquel que abusa de su posición, una ciudadanía cuya indignación dura exactamente lo que tarda en aparecer la siguiente distracción. Se descubre el robo, se expresa el desprecio y se continúa. Mientras tanto, exigir explicaciones, seguir una investigación o recordar una promesa incumplida requiere una atención que rara vez encuentra recompensa inmediata. ¿Qué temor puede inspirar una sociedad que se escandaliza con tanta facilidad como olvida?

A ello se suma la subordinación del criterio a la pertenencia. Detenerse a pensar puede conducirnos a una conclusión incómoda: que aquellos a quienes defendemos también mienten, también abusan, también participan de aquello que decimos despreciar. Reconocerlo exige soportar una pequeña derrota propia. Y es posible que, por esquivarla, terminemos justificando en los nuestros cuanto condenamos en los demás. Así, la lealtad al grupo puede llegar a conceder una indulgencia que ningún principio razonado habría permitido. Nuestra moral tiene criterios estéticos, como ya dijo Nietzsche.

Por otro lado, encontramos la conversión de la política en entretenimiento. Cuando exigimos que todo nos estimule, también el debate público puede terminar sometido a esa exigencia. La humillación del adversario, el escándalo y la promesa desmesurada encuentran entonces un público dispuesto a

recompensarlos. Explicar cómo se financiará una medida resulta menos excitante que señalar a un culpable. Y nosotros, entretenidos con la disputa, podemos acabar sabiendo perfectamente quién ha quedado por encima de quién, sin comprender apenas qué se ha decidido sobre nuestras vidas. Por ello, las quejas de los muchos diciendo aquello de «el parlamento es un "y tú más"», a pesar de ser reales, son hechas bajo el desconocimiento de que es muy probable que, si se hablase de política, es decir, de las cosas que realmente atañen a un Estado, la población acabara percibiéndolo soporífero. La cuestión es que estos políticos deberían hablar de política, no del tópico más atractivo para las audiencias, fútil y efímero. Uno de los problemas de nuestra democracia es que nuestros líderes anteponen el voto al bienestar, y el mayor problema somos nosotros, ingenuos de que se debe a esta, nuestra lamentable necesidad.

Ligada a esta necesidad de estímulo aparece la impaciencia que vuelve seductora la imposición. La democracia requiere convivir con desacuerdos, aceptar límites y soportar que nuestra voluntad no se cumpla íntegramente. Todo ello puede resultar insoportable para quien espera de la política la satisfacción inmediata de sus deseos. Aparece entonces aquel que promete resolverlo todo, que presenta cada contrapeso como un estorbo y cada oposición como una traición. ¿No estaremos dispuestos a entregarle demasiado poder con tal de que nos ahorre la frustración de esperar, negociar y perder algunas veces? Es así como abandonamos la moderación. Bendita y escasa moderación.

También merece atención nuestra disposición a creer aquello que nos absuelve. Una mentira puede ofrecernos algo profundamente atractivo: la certeza de que toda culpa pertenece a otros. Nos proporciona un enemigo, una explicación sencilla y una posición moral confortable desde la que contemplar el desastre. Examinarla exigiría preguntarnos cuánto deseamos que sea cierta. Si esquivamos también esa pregunta, dejamos un lugar abierto a quienes sepan administrar nuestro resentimiento, sean actores de nuestro propio país o poderes interesados en debilitarlo desde fuera. Basta con que aprendan qué necesitamos escuchar.

Finalmente, el abandono de lo común. Si cada dificultad compartida se convierte en otra realidad de la que escapar, los asuntos públicos pueden quedar cada vez más lejos de nuestra voluntad. Organizarse, participar en una asociación o defender un servicio exige tiempo, paciencia y trato con personas que no siempre nos agradan. Mientras nosotros nos retiramos, otros conservan el interés y los medios para influir. Y entonces cabe preguntarse cuánto de aquello que llamamos impotencia procede también del espacio que hemos dejado de ocupar.

Una vez ejemplificada solo una ínfima parte de los males que puede generar una sociedad inconsciente de sí misma, trataré de atribuir a esto una razón más allá de «las redes sociales nos idiotizan», que seguro estarán ya ustedes hartos de leer.

Evidentemente, el primer culpable es el individuo que, en una pereza sin igual, se deja corromper por el mercado, ansioso de convertirlo en un producto que monetizar. Los algoritmos, la publicidad, la política... no son más que formas en que el mercado trata de capitalizarnos. Es cómodo, acogedor, caer rendido en brazos de esta jaula de oro. Simplemente consume y déjate llevar. Así es como, en el proceso, te dejarás a ti.

No obstante, he de admitir que la situación de mercantilización actual es predatoria. El consumidor ya no es visto como una persona. La «numerificación» del ser humano es descarada y no me permitirá jamás eximir de culpa a nuestros depredadores, que se introducen cada vez más al fondo de nuestra conciencia para taponar el flujo de autoconsciencia, que es la única salvación en un mundo como este.

Concretamente, y tratando de profundizar un poco más, me atreveré a decir que el instrumento que usa el mercado se halla ya en nuestro interior por defecto y este solo necesita apelar a él: la obsesión, la necesidad de ser grandes. Siempre hemos idealizado el mundo. La línea de pensamiento de Platón, aquella que ordena toda la historia de la filosofía, no es más que el intento de un hombre de hacer al universo, al cosmos, tener sus principios. Crea una jerarquía entre las ideas como si unas valieran más que otras, y además se esfuerza en decirnos qué es bueno, y si no se alcanza su bien, no seremos jamás sabios. La literatura fantástica es un ejemplo, aunque en otro ámbito, que puede también resultarme útil. Se crean otros mundos porque este no nos es suficiente, es decir, necesitamos más del mundo. O bien sentirnos superiores, o hacer que el mundo sea superior y esté a la altura de nuestros pensamientos más delirantes (o fantasiosos). El mercado y sus embajadores conocen muy bien esta necesidad nuestra, y es precisamente a la que apela para hacernos ser productos.

Quiero referirme a que aquel que busca la distracción, lo secundario, la evasión de la vida, de una forma u otra lo hace, inconscientemente, en un afán de grandeza. Siempre esperando algo, siempre esperando más. Pidiéndole más a un mundo que, en ocasiones, solo tiene que ofrecer la regularidad de un día más.

Y no es que el mundo no nos sea suficiente, sino que no somos capaces de adaptarnos a su ritmo. No vamos lentos, sino todo lo contrario. Necesitamos que lo que deseamos que ocurra tenga lugar pronto, cuanto antes y, si no, nos encargaremos de recrear en nuestra cabeza que ocurre. La razón nos conduce, engañosa e inconvenientemente, a imaginar un mundo de dragones y mazmorras en el que somos el caballero de corazón indómito en torno al que toda cosa gira.

De esta forma, nuestros estándares pasan a ser los del mundo que imaginamos y, entonces, la realidad se vuelve secundaria, obligando a esta a cumplir exigencias irreales. La realidad no puede cumplirlas, así que nos evadimos. Ha ocurrido siempre; hace miles de años también mirábamos a las estrellas con los ojos cristalinos, esperando algo de ellas. Ello nos hace despreciar el ritmo vital, universal. Regido, como en otras ocasiones he mencionado, por el bello azar. No toleramos el azar porque nos venden y nosotros compramos un mundo alterno ya hecho y predispuesto, una quimera. El azar es lento y nosotros vivimos en una segunda capa del mundo, una «burbuja» que nos hace creer que no debería serlo. Esta obsesión irremediable es para la mayoría fuente de decepciones con la vida y malestar.

Hemos caído presas de la inmediatez y de lo sencillo y, si ya caemos por nosotros mismos, hemos sido empujados al vacío por el atractivo mundo de bolsillo. Cada vídeo que vemos es una idealización y, no contentos con ello, apelan a nuestras funciones cognitivas para destruirlas lentamente.

No digo que haya que abandonar el placer de lo inmediato para siempre, por supuesto. Digo que no debemos abandonar los proyectos vitales por dificultad, por requerir un camino extenso. Por supuesto que hay que disfrutar de lo fácil, de la comodidad, pero jamás debe esta truncar los sueños. Somos más fáciles de controlar sin ambición, o con una ambición desmedida fruto de la idealización, que termina por resultar en lo mismo. Y es que tanto las religiones, prometedoras de un mundo futuro mucho mejor que este, como las películas y otras disciplinas de inmenso alcance nos invitan a despreciar el mundo y nos dificultan la visión de que, en realidad, este mundo sí que sea suficiente. Que sí se halle aquí el equivalente a dragones y mazmorras. Cosas que muevan en nuestro interior lo mismo que les mueve a los fans de Star Wars su banda sonora, o a los amantes de la literatura El Quijote. El mundo es bello y la vida es en él. Se nos ha concedido la extremadamente infrecuente vida, y además algo mucho menos frecuente aún, la conciencia. Y aun así, caemos en las redes de aquellos cuya empresa es suprimirla.

Pero, entonces, asumiendo que esté yo en lo cierto y tengamos esta obsesión por la grandeza, ¿de dónde viene? ¿Cuál es el principio vital o psicológico por el que se rige? Pensemos ahora en esto.

¿Por qué vives? ¿Cuál es la verdadera razón detrás de la acción? Engañosamente sencillas preguntas que pueden llevarte a sentir una gran impotencia tras indagar en su respuesta. No porque esta exista, no porque pueda no agradarte, sino por lo complicado que resulta tanto encontrarla como aceptarla. Para hallarla, o acercarme a ella, desglosaré la voluntad desde la más primal, aparentemente simple, hasta el propósito de mayor grandeza que uno pueda plantearse.

Así que comencemos por explicar, o aportar, el que considero el sentido de la vida. Quiero antes matizar que el sentido de la vida es considerablemente más simple como concepto que el sentido de la acción.

En primer lugar, conviene definir el propósito y la acción. Siendo el primero la razón o el fin que da dirección a nuestras acciones, y la acción aquello que produce el cambio, que efectúa el propósito, podríamos decir que las más simples, o menos ornamentadas bajo los delirios de la razón, son aquellas que responden a instintos de supervivencia.

Comer es una acción que responde a un propósito simple: nutrirse y seguir viviendo.

Reproducirse es una acción que responde a un propósito simple: reproducirse para que otros puedan vivir.

Es decir, los instintos «básicos» corresponden a continuar la existencia, y a estos les podríamos atribuir una razón biológica que repele un razonamiento más profundo. No va mi reflexión sobre el sentido de la vida, sino sobre el sentido de la acción en sí. No es lo que me atañe el porqué vivimos, que, de facto, tiene una respuesta tan válida como simplista: vivimos por no querer morir. Sí. Evidentemente, existirán siempre otras razones que orbitarán esta, o que la enterrarán, como capas de tierra sobre un ataúd, como las costillas sobre el corazón. A medida que la vida del hombre se desmorona y son desenterradas, eliminadas todas las otras razones de vivir, sale a relucir el núcleo de la existencia. Podríamos referirnos a las «costillas» del afán de vida como nuestra familia, objetivos, amigos... Todo aquello que ornamenta, que mejora nuestra vida y nos hace estar verdaderamente vivos. Si seleccionáramos un sujeto y le arrebatásemos todo ello poco a poco, no tendría razón para vivir más que el no estar muerto. Es decir, fuera de razones obtenidas de la vida en sí, no tiene esta otro sentido que el otorgado por el azar universal que nos hace estar vivos. No tiene por qué tener un sentido y, de tenerlo, este se obtiene una vez vivo y de entre las cosas que la vida aporta.

Convenientemente, las religiones se han esforzado en erradicar el corazón que las costillas protegen y hacer pensar al servilhombre que la muerte puede ser una buena salida si se ha vivido «justamente». Cuesta pensar que tan peligrosa visión haya progresado y sobrevivido al paso del tiempo, que acostumbra a destruir. Al parecer, sí sabemos conservar lo oportuno.

Retomando el punto y la observación anterior, las cosas más simples se hacen simplemente por prolongar la vida y responden a instintos vitales.

Es necesario aquí dejar de lado aquellas acciones que se desempeñen, además de para prolongar la vida, para mejorarla o garantizar su decencia. Véase como ejemplo el trabajo. La búsqueda de la comodidad no tiene mayor profundidad que la mejora de las condiciones, reduciendo progresivamente la fracción de sufrimiento o inconvenientes que se sufren en el día a día.

Bien, ahora, entrando en materia, tomemos como sujeto a un hombre que vive bien. Tomemos, de hecho, un ejemplo grande, un gran conquistador y rey: Alejandro Magno. Él, que poseía todo bien, decidió continuar. Llevar a sus guerras a miles de hombres subordinados. ¿Por qué?

¿Quizás en un acto de bondad? ¿Creyó que los pueblos gobernados por él tendrían una mejor vida? Es decir, miles de hombres se subordinaron para luchar por la voluntad de uno que, suponiendo este caso, perseguía el bien. Pero ¿y los conquistados? Lucharon por mantener su estilo de vida, pero finalmente cayeron. Es decir, sucumbieron a lo que otro hombre consideró su bien. ¿Es justo acaso tener que asumir el bien de otro? ¿Caer inevitablemente en lo que otro considera bueno, solo porque su fuerza es mayor? Además, Alejandro también creyó que su bien debía ser impuesto, sin preguntar a nada ni a nadie si aquello era lo adecuado. Actuó por bien, sí, pero de forma impositiva y dictatorial. Decidió imponer su dominio al congénere, suponiendo, por supuesto, que no hubiera ambición alguna tras su conquista.

Bien, ¿y si fue en un acto de avaricia? Igual solo quería más. Un gran plan, una acción inmensa impulsada solo por un instinto primal. Un impulso que destruye todo a su paso por su fuerza y que ignora el estado anterior de las cosas. Y miles de hombres yugados a este.

Como se puede observar, rara vez hay justicia en la acción de conquista. Transportémonos ahora a otro ámbito. Aquel que va al gimnasio, que mejora su imagen. Se hace por uno mismo, por supuesto. Pero ¿acaso, si no existieran otros humanos, sentiría la necesidad de mejorar su imagen por encima de lo naturalmente necesario? Nadie le habría enseñado qué es un «buen cuerpo»; por tanto, no necesitaría conseguirlo, y tampoco habría nadie para reconocerle sus méritos. Es decir, por un lado, lo hace por mejorar su condición de vida, para mejorar lo que ya se tiene (primera razón), o por alcanzar un estándar creado por otros hombres y, por tanto, o se busca el reconocimiento externo, o uno interno: el moderno «verse bien», proveniente de los designios externos; es decir, reconocimiento semiexterno.

Por otro lado, el autónomo que busca hacer crecer su empresa es también disparado por la ambición o la necesidad. Quizás el bien, por considerar que su proyecto tendrá un impacto positivo en el mundo.

Ahora, me detendré en aquellos que buscan explícita y casi íntegramente el reconocimiento. Ese que busca ser ascendido, que busca halagos, aduladores. Sentir la superioridad. Aquel que, como dijo Valle-Inclán, desea ver el mundo sobrevolándolo.

El político cuya prioridad deja de ser gobernar para convertirse en el rostro más aplaudido del partido.

El influencer que mide el valor de cada publicación por el número de «me gusta» y comentarios que recibe.

El intelectual que debate no para acercarse a la verdad, sino para demostrar que es el más brillante de la sala.

Hoy, el valor se mide según la capacidad de atraer masas congraciadas, de gustar. El que gusta a muchos debe ser bueno, ¿no es esa la concepción actual? Por ello, este tipo de actor se convierte hoy en protagonista de entre todos los demás.

Entonces, podríamos decir que está cumpliendo un impulso, que en nada se diferencia de los demás. No obstante, observo en el impulso del reconocimiento algo que lo diferencia: la necesidad del ególatra, el placer de sentir que se aproxima a ser un dios. Los demás impulsos generan propósitos de mejorar lo que ya se tiene o vivir mejor, quizás prolongar la vida, cosas que se pueden atribuir a simples razones de reducción de malestar. Pero este, en concreto, no entra en esa clasificación. No se vive mejor porque otro exprese lo guapo que eres. Fuera de los beneficios sociales, que pueden manifestarse o no, este reconocimiento no aporta un beneficio explícito que pueda relacionarse con algo biológico. Es curiosa nuestra conexión con la divinidad. Siempre creando dioses, naciendo, como Descartes afirma, con la idea de perfección que es, según él, de procedencia divina. Y más tarde, deseando acercarnos a la divinidad mediante la adoración que la complacencia ajena obsequia.

Aquí entra la venerada bondad. Hacia las acciones altruistas han nacido diversas visiones que cuestionan su carácter desinteresado. Hay quien propone que el bien se realiza incluso de forma egoísta por la obtención del placer que nos genera hacerlo. Pero, si como humanos nos resulta placentero hacer el bien, entonces por naturaleza no podemos ser egoístas, ¿no? Se haga el bien por satisfacción o por empatía. Pero ¿por qué existe ese placer? Es decir, ¿por qué se obra bien? Quizás nos guste mejorar la existencia ajena porque vivimos en un mundo compartido y cualquier mejora externa posee alguna posibilidad de repercutir finalmente sobre nosotros. Entonces, seguimos atados a una razón biológica, al demonizado instinto. A eso que muchos dicen que debemos evadir para dar prioridad a la razón. Desconocen que no es la razón lo que conduce a la venerada bondad. Aunque el altruismo tenga un fin figuradamente egoísta, seguirá siendo originalmente bondadoso, pues el ser humano es lo que nosotros hemos apodado conceptualmente bueno. Y es que, como hemos analizado previamente, se actúa por una mejora de la vida.

Y es que, como tal, esto ha existido desde antes de que lo apodáramos como bueno. Repito, el azar, el universo, nunca necesitó de nosotros para concebirse. Nosotros lo necesitamos y en torno a sus designios creamos nuestras débiles leyes morales.

Dios se crea en torno al deseo humano de ser Dios. El afán de ser adorados y reconocidos parece ser la semilla de la divinidad en nosotros, pues ello no reporta ninguna ventaja vital concreta. Más bien Dios nace de la semilla humana del afán de ser adorado. La razón nos ha hecho invertir lo que el azar vital nos entrega, y ahora nos subyugamos a dioses que nacen de nuestros propios instintos.

Una vez observados los diferentes porqués de las acciones:

Se vive, esencialmente, por no morir, y entonces

O se actúa para perpetuar la vida,

O se actúa para amplificar lo que ya se tiene y mejorar la vida,

O se busca acercarse a Dios mediante el reconocimiento,

O se sirve a un impulso primal ajeno a la razón y hermanado con la vida,

O se actúa por sentimiento de necesidad de bien, que mejora la vida de otros a nuestra merced.

Tras esta clasificación, creo que se observa que, a pesar de creer que cumplimos grandes, superiores propósitos, jamás dejamos de estar atados a una parte animal que obedece a la vida, caótica y beligerante. Una vida de imposición, déspota. Siendo así, llamarla mala o buena es tan solo imponer valores humanos a la naturaleza y caer en una gran absurdez. La vida es, y nosotros somos en ella, sirviendo a nuestra propia vida desde cada una de nuestras voluntades. A la nuestra o a la ajena, con el fin inconsciente de servir de vuelta a la nuestra.

Es decir, seguimos siendo primales, siempre lo seremos, pues ser totalmente racional es ser un Dios, y ser un Dios debe ser insufrible. Quizás sea un golpe de humildad el saber que, según lo hoy razonado, lo único que tenemos de dioses, o de seres por encima de la naturaleza, sean nuestras ganas de serlo. Y lo único que tienen los dioses de naturales son nuestras ganas de que lo sean.